

novación hace penetrar en modalidades que bien se aceptan. Los madrileños de la provincia son muy distintos no sólo de los de hace ciento cincuenta años, sino de los de hace ochenta, sesenta. Lo ascencial se merma paulatinamente mucho más en lo material, ya que la pervivencia espiritual no se desarraiga de sus bases esenciales. La virtud, la energía, el ánimo —el alma racional— presiden grandemente al ejercicio de la voluntad. El costumbrismo, así como la facultad que mueve para hacer o no hacer una cosa, se compaginan interesadamente en el provinciano de Madrid, siendo interés que derivase de aprecio personal, sincero, en pos de causa más que de efecto. La sencillez del labriego (nos referimos siempre al de la mencionada provincia, cuantas veces aludamos a personas en oficios), el hortelano, el carpintero, el herrero, el hornero, etcétera, humildes en su llaneza normativa, francos en palabras sin dobleces, certeros en intención a un fin, solícitos sin afán de procurarse elogios, son, en suma, seres que mucho y bien significan, así como demuestran; con mayor contraste, al tratarse de la capital de España, casi al centro de ella, ya que el Cerro de los Angeles se considera centro geográfico de nuestro país.

Por la provincia madrileña pasan personas de todos sitios, pueblos, ciudades, capitales, hasta de lugares extranjeros (bien fuere por transacciones, recreación, deportismo, turismo, etcétera). Cabe comentar, también, que las costumbres locales evolucionan despacio (no en balde la presión modernista expande su cerco, aun cuando en pueblos modestos halle recepción retardada). En ello, obliga papel importante lo afectivo; los padres, los hijos, los buenos amigos, el amor a la tierra, ejercen influencia grande; el temperamento refleja destellos ejemplares, con ejemplaridad sencilla —así se ha referido ya, por responder a verdad plena—, causando admiración precisamente por su reciedumbre.

Cuando en coches de turismo se pasa por pueblos y villajes de la provincia madrileña, a punto en que sombras de la noche semejan casi ocultarlo todo

(apreciación mayormente observada a hectómetros antes de penetrar en sus núcleos), es entonces cuando el ánimo acucia una interrogante, íntima, que casi no nos atrevemos a comunicarla al vecino de asiento. De no estarse en pleno verano, a las nueve de la noche, pueblecitos semisumidos en oscuridad, sólo titilando lucecitas amarillentas, temblorosas; mostrando bordes del casco urbano dentellones por accesos asimétricos, aliados a tierra; descansan aquéllos de jornada laboriosa.

Cuando es hora en que las claras señalan día nuevo, rechinan añejos portones al abrirse, algún que otro ladrido de can retozón turba el silencio mañanero, pequeñas recuas movilizadas son para el trajín, siguiendo mansurronamente a labriegos y hortelanos, camino del tajo, del predio, de la heredad.

Más tarde, cuando el sol apunta al cenit, y ya de los campos se cumplió considerable parte de trabajos, de otra parte adviértese, en carreteras, veloces “turismos” transportando seres habituados a un ambiente probablemente muy distinto y superior con respecto de lugares que atraviesan, tornándose a experimentar impresión admirativa.

Bastantes de los ocupantes no pueden resistir al imperativo de efectuar detención. Entonces, se adentran en pueblecitos de casas pardas alternadas con blanquecinas. Dedícanse al propósito de correcto curiosar. Se asoman a puertas medio abiertas, ven patios amplios, corrales, cercadillos de compartimientos ganaderos, algún que otro cobertizo; igualmente, advierten muebles sencillísimos (pocos, en cantidad), rinconadas, enseres, pozos de bajo brocal casi tras la entrada principal, acoderado a breve pasillo; en paredes asazmente encaladas, litografías cargadas de años, con representaciones religiosas, a más de motivos camperos o de cacería. El comedor (pieza principal de reunión familiar) suele tener bajas mesa y sillas, pues así lo prefieren muchos de sus habitantes; cerca del “hogar”, taburetes e incluso troncos arbóreos, desbastados, alisados, también para sentarse.

A casas de dos plantas (abundantes

en modestos términos municipales y entidades locales menores) súbese mediante escaleras de madera (ya que en otros sitios, sobre todo serranos, lo son de piedra), estrechas, con algo altos peldaños de tal modo que no guardan proporción las dimensiones de aquéllas y éstos. Tales peldaños tienen color claro pajizo, mostrándose muy desgastados. En las plazas principales es frecuente hallar soportales con gruesos palos arbóreos en función de columnas; sobre ellos, galerías (piezas largas, espaciosas, con seis, ocho, palos estrechos, sostenedores de techumbre en rampa), que tanto se hallan por las más típicas plazas españolas, pueblerinas. Algún que otro grupo de faroles —con bonita cerrajería, en la arboladura— queda al centro de plaza, con base en dos o tres estrados pétreos, superpuestos, cuadrados. En callecita desembocante a ella, es posible encontrar una fuente con mozas a su vera, prestas a llenar cántaros, mientras hablan alegremente en tanto llégales turno.

Estas plazas —que, someramente, describimos— son puntos de concentración al declinar la tarde, de la gente del pueblo. Largos y bajos bancos de piedra son prontamente ocupados por muchachas jóvenes y ancianas. Estas les cuentan viejas “historias” que las anteriores escuchan embelesadas al atraerles curiosidad de tiempos tan diferentes de los suyos.

Se abarrotan las tabernas, los bares (algunos de éstos poseen restaurantes modestos). Los aparatos televisores reúnen personas de distinta situación, fijan sus ojos en la pantalla, siguiendo con gran atención las mejores exhibiciones (“Bonanza”, los números circenses de programas infantiles, “Reina por un día”, toros, partidos de fútbol, etcétera); pero, en cuanto llegan anuncios comerciales, desertan hacia el mostrador en busca de vaso de vino o cerveza; y, es que el anuncio de cosas novísimas, que presuponen muy costosas, les deja indiferentes.

Nos estamos refiriendo al ambiente y “estampas” propias a pueblecitos, así como a labriegos-aparceros, por ejemplo, y no a labradores-propietarios (ya

que éstos viven en mejores condiciones, contando sus casas con ciertas comodidades, lo que también ocurre con comerciantes, industriales, etc., y en plano superior, quienes ejercen titulaciones profesionales). De todos modos cunde cada vez más la adquisición de televisores, aparatos de radio, electrodomésticos. No extrañe que se vea una antena televisora en tejado de casa modestísima.

En domingos y festivos, los obreros, los jornaleros, se plantan su me-

yor traje; las chicas lucen atuendos "de modistas" (pueblerinas); los escaparates de confiterías exhiben surtidos, los puestos callejeros donde igual véndense golosinas, cerillas, cordones de zapatos, regaliz, tabaco, pipas de girasol, espejitos, breves sobresorpresas, pequeños juguetes de plástico, etc., son asediados por chiquillería entusiasta de colorines y caprichos.

Una alegría, abierta, noblemente expansiva, se advierte por doquier. En

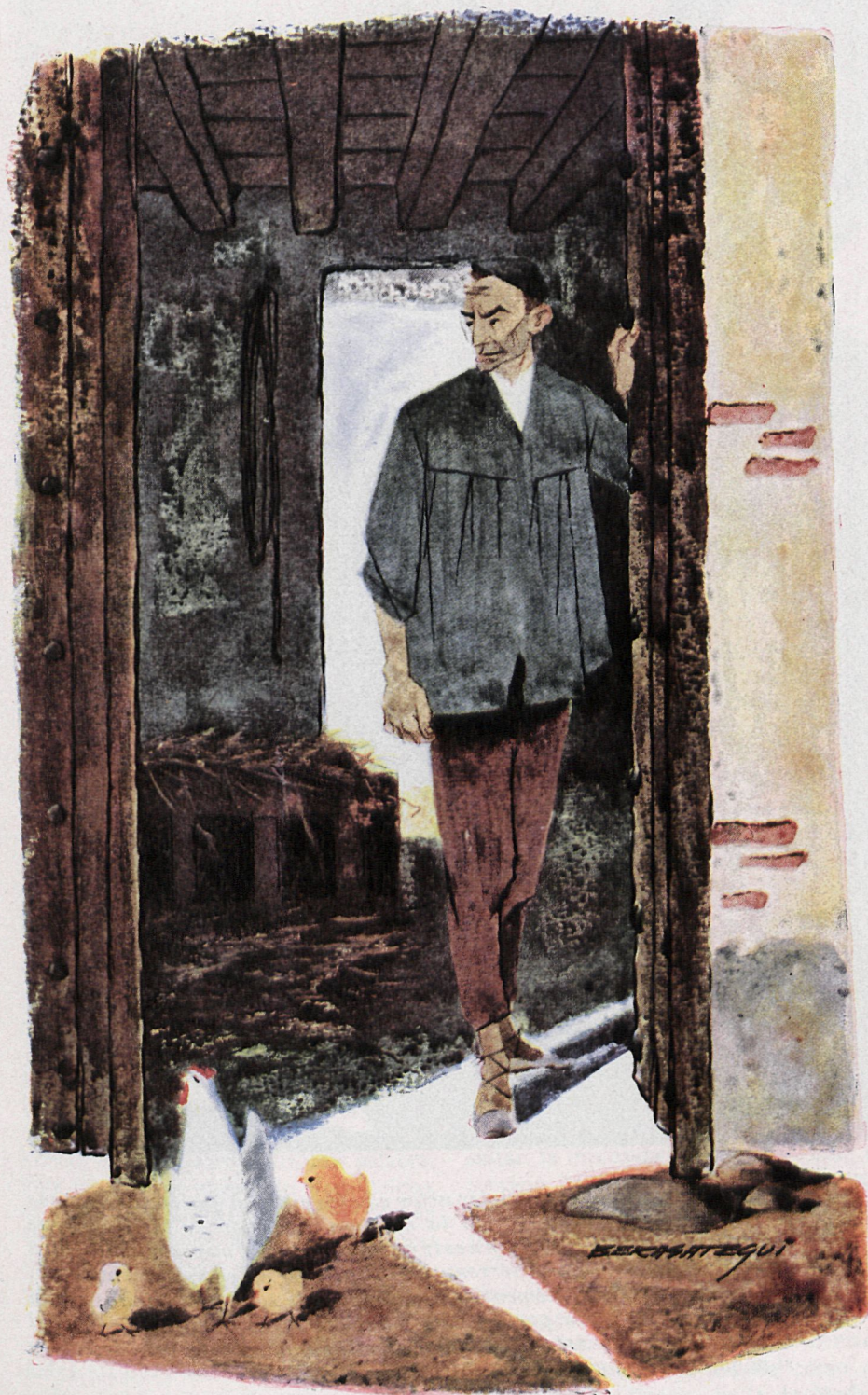
banco de plaza principal —orlada ésta con típicos soportales— puede verse a un viejo, sentado, leyendo un periódico; a su vera, un perro canelo dormitando en el suelo (de vez en cuando, alguien le llama por su nombre, "Turco", pero el perro se le queda mirando como con "aire de circunstancias" y, en verdad, lo mismo podría tener de turco que de congoleño; si acaso, si acaso, un poco de chino, por aquello de la nariz chata).

A la salida de misa de una, notas mayor animación en la plaza principal y en bares. La cerveza y "tapas"-aperitivos gozan de predilección. Algún que otro turismo (con matrícula nacional o extranjera), espera cerca de un bar-restaurante modesto, pero donde sirven unas chuletas, un corderillo asado, estupendo, con el complemento de vino embocado o corriente, tinto más frecuentemente; pan candéal, fruta, helado, café, coñac (los de mayor apetito se atreven con otras cosas; pero, la verdad es que, luego de grandes trozos de lo ya mencionado, no muchas ganas quedan). Como una hora después, el automóvil emprende regreso a otro sitio, llevándose los excursionistas agrado sincero por haber conocido un pueblecito más entre la muestra interesante del ambiente provinciano madrileño.

A la tarde, los vecinos se distribuyen entre el fútbol, cine, baile; y, hacia las diez de la noche —seguimos refiriéndonos a días festivos—, el silencio y oscuridad imperan en el lugar.

Los pueblos madrileños ofrecen contrastes muy estimables: un Robledo de Chavela, con precioso paisaje en el valle donde se asienta; un Arganda, con bulliciosa y luminosa plaza; un Villarejo de Salvanés, embutido en cuenca alegremente vercosa; un Cenicientos, de bonita "estampa"; un Alpedrete, con edificio todo de piedra en el Ayuntamiento, poseedor de atrayente traza; y tantos más, que cupiere citarse —no haciéndolo para evitar larga cita—, llevan al convencimiento de la muy dispar belleza existente en pueblos de la provincia de Madrid.

(Ilustraciones de BERASATEGUI.)





Paco Martínez Soria, primer actor cómico español que en las últimas temporadas está acaparando la máxima atracción de las carteleras madrileñas, viene hoy a nuestras páginas con merecimientos bien probados, no sólo en el terreno artístico, sino en el aspecto humano. Galarionado recientemente con el premio de la Popularidad, según la encuesta realizada por el diario "Pueblo", y la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, felicitamos a este singular actor y le deseamos siga obteniendo tan merecidas distinciones.

LA BENEFICENCIA DA PASO A LA SEGURIDAD SOCIAL

En unas importantes declaraciones a la prensa, el Presidente de la Diputación, D. Carlos González-Bueno, anuncia la transformación del Instituto Provincial de Puericultura y Colegio de la Paz

LA Beneficencia en su sentido tradicional ha desaparecido, para dar paso a la Seguridad Social", ha dicho el Presidente de la Diputación Provincial de Madrid, don Carlos González-Bueno, a un redactor de la Agencia "Cifra", en unas declaraciones que han sido recogidas por gran parte de la Prensa nacional, que le pidió ampliase las manifestaciones que hizo en la reunión plenaria celebrada por la Corporación, acerca de modificaciones en los Reglamentos del Instituto Provincial de Puericultura y Colegio de la Paz.

"En primer lugar —dijo—, es preciso aclarar que tratándose de dos Establecimientos completamente distintos —sólo unidos por tener algunos servicios comunes— y de finalidad funcional diferente, serán dos los Reglamentos a modificar. El del Instituto Provincial de Puericultura —institución que cuida de los niños de uno y otro sexo allí recogidos menores de cinco años— habrá de reformarse a la vista de las hondas modificaciones que el cuidado y tratamiento de la infancia ha experimentado en estos últimos treinta años. La figura de la madre lactante, de la que se habla en el actual Reglamento, es prácticamente inexistente en la actualidad. Los residuos —pocos, afortunadamente— que aún quedan de los años en que este Establecimiento, como otros similares, se denominaba aún Inclusa, deben desaparecer, tales como la prohibición de visitas de las madres. En una palabra, tras un estudio detallado y cauteloso, el nuevo Reglamento estará puesto en hora, o al menos hemos de procurar que lo esté, con el momento presente.

Con relación al Colegio de la Paz —Institución que educa y forma a las niñas mayores de cinco años que proceden del Instituto de Puericultura—,

«Serán modificados y puestos al día sus reglamentos para mejorarlos y marchar de acuerdo con los tiempos en que vivimos»

habrá que modificarlo para darle una nueva fisonomía, abriendo sus puertas al exterior, de una parte, y de otra, introduciendo estudios de formación profesional industrial propios de la mujer. El nuevo Reglamento ha de ser el instrumento que convierta a este Centro en un Establecimiento modelo en su género. Contamos, por fortuna, con espacio más que suficiente para hacer allí un gran internado, que no sólo se nutra de las acogidas procedentes del Instituto Provincial de Puericultura, sino abriendo sus puertas a la población escolar del exterior —lo mismo que se hace en el Colegio de las Mercedes—, tanto en régimen de internado como en régimen de media pensión, a fin de que las clases necesitadas disfruten también de esas ventajas. Como se hace ya en otras Diputaciones en Centros parejos a éste, habrá que pensar también en implantar una tasa, no por enseñanza, que ésta será siempre gratuita, sino por servicios complementarios, en proporción a las verdaderas necesidades de los familiares de las acogidas. En este aspecto —subrayó el señor González-Bueno— quiero hacer resaltar la necesidad de contar con el servicio de las asistentes sociales, como se hace ya en los modernos centros asistenciales."

Sobre las experiencias ajenas en esta clase de instituciones, el Presidente de la Diputación madrileña expuso que habrá que tener en cuenta las de centros semejantes, tanto en España como en el Extranjero. Dentro de la de Madrid

no hay precedentes. "Téngase en cuenta —agregó— que el Instituto de Puericultura es una institución única en la capital, y que el Colegio de la Paz, dentro de la nueva fisonomía que se le pretende dar, tampoco tiene precedentes, al menos que yo sepa."

En cuanto al número de niños y niñas acogidos por los Centros dependientes de la Corporación, el señor González-Bueno dijo que la Diputación acoge, cuida y educa a unos 3.000 pequeños aproximadamente.

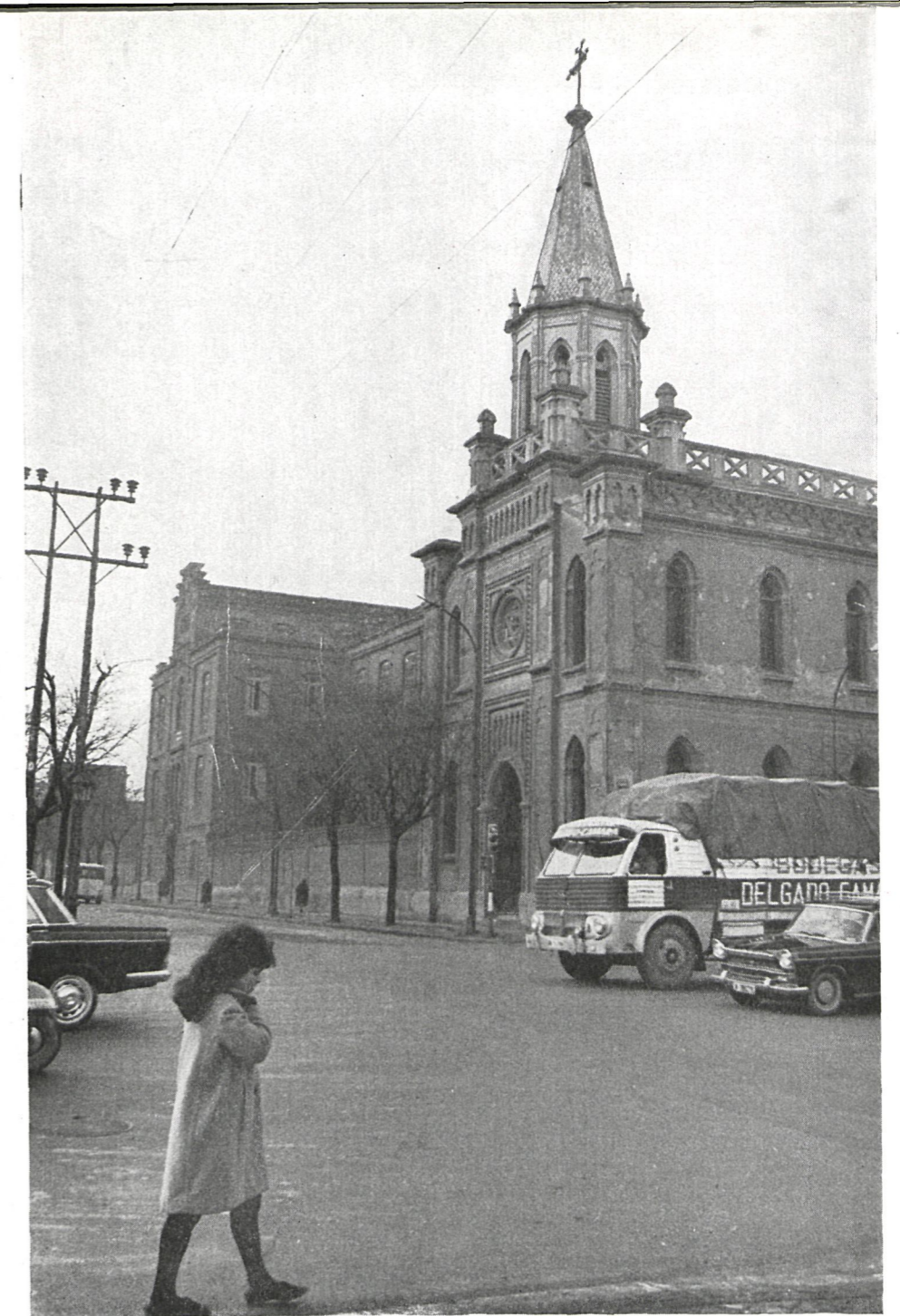
Preguntado sobre qué instituciones de asistencia provincial de España son las mejores a su juicio, el señor González-Bueno contestó sin titubeos:

"En el orden hospitalario, el Hospital General de Asturias, que mantiene la Diputación de Oviedo, y en el asistencial docente, los Hogares Ana Gironella de Mundet, de la Diputación de Barcelona, entre los que yo conozco."

Interrogado el señor González-Bueno sobre si creía que, con las reformas proyectadas, las Instituciones madrileñas podrían servir de modelo a las demás de España, contestó:

"Sería muy pretencioso, por nuestra parte, tratar de servir de modelo. En todo caso, esto no lo podríamos decir nosotros. Son justamente los demás los que han de pregonar —si existen— nuestros locales modelos. Pretendemos mejorar lo presente y marchar de acuerdo con los tiempos en que vivimos. En definitiva, cumplir con nuestro deber."

Tres aspectos externos del Colegio de Nuestra Señora de la Paz. Desde la calle puede el lector hacerse una idea del amplio espacio que hoy ocupa el Establecimiento provincial, de cuyo presente y futuro se habla en este trabajo.



Presente y futuro del Colegio de Nuestra Señora de la Paz

CUANDO el 26 de noviembre de 1903 se puso, en presencia de la Reina Victoria Eugenia, la primera piedra de las obras que más tarde iban a culminar en el edificio que alberga el actual Colegio de la Paz, se concebían aún estos establecimientos benéficos provinciales como instituciones cuya finalidad única era dar albergue —habitación y comida— a las criaturas abandonadas por sus progenitores. El conocido y folletinesco «Abandonado por mis padres, la caridad me recoge» actuó de norma única en las Casas que, bajo los nombres de Inclusa, Asilo, Hospicio u otros análogos, servían de refugio, en mu-

chos casos ya para toda la vida, a estos desamparados.

Afortunadamente, las cosas han variado de manera casi rotunda en éste como en otros aspectos de la vida: la vieja estampa del torno, del niño abandonado a la intemperie de una fría noche invernal, la vida dura y triste del adolescente, hospiciano o incluso, enfrentados con un ambiente hostil y a veces cruel, son ya sólo una estampa decimonónica propia de los relatos de Carlos Dickens o, lo que es peor, por su indigencia de valores literarios, de los actuales seriales de mal gusto que todavía sirven algunas emisoras radiofónicas para solaz de su lacrimóge-

